

# CAMINAR HACIA LA FAMILIA CARISMÁTICA

## HORIZONTE DE LA VIDA CONSAGRADA Y LAICAL EN LA IGLESIA



Esta es la gran propuesta para la vida consagrada y el laicado. En cierto modo, ya se ha hecho un recorrido, a veces sin saber con claridad hasta dónde nos iba a llevar, y bien podemos decir que de él no siempre los religiosos y los laicos hemos sido suficientemente conscientes. En buena parte porque una familia carismática era y es una acción del Espíritu, ya que, dicho gráficamente, una familia así se transforma en una realidad muy grande; no hay duda de que es un hilo sutil que puede llegar a sostener mucha vida de la Iglesia y del mundo.

Una familia carismática es una parte de la Iglesia entendida como pueblo de Dios en comunión cuyas distintas vocaciones, servicios y modos de vida ni se imponen ni se superponen, sino que caminan por la vida completándose para bien de todos y en el servicio del Reino. Es una expresión clara del pensamiento de Pablo: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo» (1 Cor 12,12). Para orientar la aportación de este capítulo, no se puede olvidar que una familia carismática es una comunidad de comunidades unidas por un carisma al servicio de una misión que tiene que ser compartida. Todo lo que digamos de organización apunta a asegurar la integración y

comunidad entre los grupos e instituciones que giran en torno a este carisma. Apunta también a asegurar la unidad y la identidad del grupo, a establecer la comunicación de los recursos y, por supuesto, a orientar para poder discernir qué misión tener y cómo llevarla adelante con eficiencia y con fidelidad a la inspiración carismática y en respuesta a las grandes necesidades de la Iglesia y de la sociedad.

Una familia carismática es también una realidad local. Nace en lo concreto. Es una criatura nueva que tiene fecha y lugar de nacimiento. Lo original de un carisma toma tierra en un contexto preciso. Por supuesto es una realidad vital; nace de la vida y para dar vida. No es fotocopia de ninguna otra. Viene con su propio ADN.

En el punto de partida es bueno recordar que en una familia carismática hay un dinamismo fuerte que recorre e impulsa toda la vida de la comunidad tanto en cada miembro como en el conjunto y tanto en el proyecto de vida como en las realizaciones. Dinamismo que viene del Espíritu Santo cuya presencia en nosotros se manifiesta en una gran luz y una gran fuerza que nos lleva a hacer realidad el Reino de Dios entre nosotros. Los carismas se nos dan para edificar, y para hacerlo en y con el amor.

La vida consagrada está descubriendo en estos últimos tiempos su *conexión carismática* con otras personas y grupos pertenecientes a otras formas de vida religiosa y de vida cristiana. Hay personas, más allá de quienes pertenecemos oficialmente a los institutos, que sienten profundas afinidades afectivas, espirituales y misioneras con nuestros fundadores y con el proyecto carismático y misionero de nuestros institutos. Creemos que esto se debe a que el mismo espíritu que nos anima a los religiosos sopla, actúa e impulsa también en ellos. Ya en la mejor tradición de la misma vida consagrada han existido los llamados «afiliados» a cada instituto, que en parte nacieron de esta misma incierta y buena inquietud; en el fondo, la experiencia de las «terceras órdenes» iba en la misma dirección.

Pero ahora se está encontrando *algo que bien podemos llamar una nueva estructura* bajo la cual se integran y entran en comunión toda aquellas personas, mujeres o varones, de una y otra forma de vida cristiana, que se sienten agraciadas con el mismo don carismático. *Esa estructura es la «familia carismática»*. En estos últimos años, la conciencia de mutua pertenencia bajo un mismo carisma colectivo ha ido creciendo. Este acontecimiento es fuerte y está ya en parte reconocida su entidad en la exhortación

*Vita consecrata: «El carisma de un instituto de vida consagrada puede ser compartido con los laicos» (VC 54).*

Se tiene que encontrar *el nuevo rostro del Evangelio* que una familia carismática tiene que presentar, ya que bien la podemos *considerar como una familia evangélica*. Los carismas están llevando a la vida consagrada y a la vida laical al corazón del Evangelio. Los fundadores los recibieron cuando penetraron profundamente el Evangelio e intuyeron el modo de vivirlo con intensidad y de ayudar a vivirlo de ese modo. En el Evangelio encontraron una verdadera revelación y también un itinerario para asimilarlo y transmitirlo a los demás, a los seguidores. No hay ninguna duda de que los carismas se transforman en una lúcida perspectiva desde la cual se puede contemplar todo el Evangelio. En una palabra, una familia carismática es una familia evangélica, ya que presenta en la Iglesia y en la sociedad un rostro del Evangelio y pone de relieve algunas palabras, actitudes o modos de proceder propios de Jesús, valores específicos del Reino<sup>1</sup>.

Del Evangelio viene el carisma; pero, a medida que en nuestros días se afianza y se convierte en fuente y referencia de un nuevo tipo de relaciones y de vida entre religiosos y laicos marcadas por la comunión, se desemboca en la comunidad. Comunidad grande, inclusiva e incluyente que junta proyectos existenciales diferentes y también vocacionales. Así nace una nueva agrupación que reúne formas de vida cristiana diferentes y se constituye a su vez en una nueva forma de vida cristiana, en una familia carismática que no solo suma fuerzas, sino que va más lejos, ya que las multiplica.

Del carisma viene la forma de vida y de misión; esta forma se encarna en la realidad de vida religiosa y de vida laical. Así se llega a los proyectos existenciales que componen la familia carismática y evangélica.

De las formas de vida y misión se llega a la familia carismática, que asume con profundidad la realidad de la Iglesia-comunión, que es la mejor expresión de la unidad en la diversidad. Es una comunión que nace de la diversidad y que lleva a la integración profunda. No hay ninguna duda de que para llegar a crecer en la comunión hay que apoyarnos y afirmar las diferencias y hacerlas complementarias. Por ese camino se termina en algo nuevo.

Esta nueva realidad lleva a los institutos religiosos a replantearse de nuevo el tema de la *herencia carismática*. Son nuevas las alianzas que hay que establecer, y debe ser redefinida la identidad de la familia carismática. El

carisma no puede ser monopolizado por un grupo. La renuncia al monopolio requiere generosidad, esperanza, hasta que se construya la «casa común» del carisma. La familia carismática no reemplaza el papel profético del instituto religioso. Lo refuerza, amplifica y lo hace más *creíble*, y por supuesto más fecundo, ya que lo presenta encarnado en diversas personas, situaciones y realidades. Y juntamente con la casa común hay que recrear un lenguaje habitable por todos que permita:

- El *mutuo entendimiento* en las mismas claves.
- *Establecer estructuras comunes* en las que todos se sientan «en casa»; *espacios de convivencia, espiritualidad y formación* que permitan compartir.
- Hacer crecer verdaderamente la herencia carismática. Las estructuras de comunión no deberían ser obstáculo para la *legítima autonomía e identidad de cada una de las formas de vida* (VC 70). Entre todos deberán discernir y establecer cómo se expresa el único carisma y misión en la forma de vida consagrada, o en la vida laical-seglar, o en el ministerio ordenado, en lo masculino o en lo femenino.
- Crear *formas de gobierno* que expresen esta comunión carismática.
- Proponer unas *estructuras* y procesos de formación en los que haya tiempos comunes para laicos y religiosos y competencias similares.
- Recuperar la *inspiración común primera*. Para ello hay que rehacer la historia tanto en su tiempo pasado como presente y futuro. No hay duda de que para llegar a esta realidad de la familia carismática no puede faltar una renovación y revitalización del carisma recibido. Solo así se puede volver a lo más genuino del mismo.

Todo esto, como ya habíamos señalado antes, de una u otra manera desarrolla y refuerza el sentido de pertenencia y de solidaridad en el interior de las diversas comunidades y de la familia carismática. Así, esta se convierte, en el fondo, en una gran experiencia de comunión. Contribuye a multiplicar la comunión y hace posible el crecimiento en comunión. Ese reto dejó Juan Pablo II a la Iglesia a partir del nuevo milenio, cuando, como ya hemos recordado, nos invitó a «hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión» (NMI 43). Los laicos y los religiosos se unen aquí y ahora y en las realidades coyunturales más diversas para replicar la realidad de esta Iglesia de comunión.

La fidelidad creativa mantiene la dimensión carismática y evangélica de la Iglesia; esa fidelidad ahora no actúa solamente desde y dentro de un

instituto religioso, sino desde los diversos grupos que componen la familia carismática y de las personas que se acercan a ella para vivir el Evangelio con intensidad.

## **1.- Somos familia**

En la realidad de la familia se sustenta el proyecto espiritual y pastoral de las familias carismáticas. Por lo mismo, en estos grupos de personas creyentes y que viven su fe y su servicio con la originalidad evangélica que les viene a través de un auténtico fundador o fundadora, verdadero padre y madre que a sus hijos consiguen hacerles hermanos.

Como en toda familia, hay padres, núcleo primario del que todo parte y del que viene una fuerza de compenetración solidaria muy intensa. En una familia carismática, como veremos más adelante, el núcleo estable representa el carisma oficial y lo tiene vitalmente asimilado; por sus venas corre esa sangre. Los que lo integran están intensamente identificados con el carisma.

Como en toda gran familia los hay que participan parcialmente en su vida; se reconocen de la familia, pero no son ni padres ni hijos. Esta adhesión más débil se puede deber al hecho de que todavía están en proceso de incorporación e integración en el núcleo estable, al estar solo identificados y colaborando con la misión o por haberse acercado al grupo de la familia carismática movidos por la simple simpatía o aprecio.

En estas familias no se entra de un salto ni por nada burocrático, sino por un proceso de iniciación. Proceso que precisa un tiempo; no se improvisa. Se puede permanecer durante un período en el entorno de la familia carismática. En él se tiene que dar un real acercamiento y vivencia de la espiritualidad, la misión, la comunión y la referencia al fundador o fundadora.

## **2.- Tiempo de creatividad y de experimentación**

Ello supone hacer un camino nuevo; en él, el riesgo no puede faltar; no están del todo claras la meta y las etapas. Por lo mismo, nos podemos equivocar. Estamos buscando un nuevo paradigma; ello supone originalidad. Supone también dejar de hacer y de ser algo de lo que hacíamos y éramos. Nos pide nacer de nuevo. Una familia evangélica situada en el contexto de la vida consagrada de hoy y del laicado, de la Iglesia y de la sociedad, pide nuevo

espíritu y nuevas estructuras.

Ese nuevo espíritu y esas nuevas estructuras exigen no fotocopiar las propias de la vida consagrada y tampoco las del laicado. Tampoco hay que apuntar a una fusión confusa de unas y otras, y de las de antes y las de ahora. Para llegar a esa meta hay que ir al carisma, fuente común de unos y otros: laicos y religiosos. Situarlo en un contexto nuevo de comunión más intensa e integradora y de una comunidad nueva y que no siempre supone vida bajo el mismo techo, pero sí una comunión vital. Esa meta pide también implicar esa forma de vida en una misión compartida. Así se junta vida y misión; se junta en un proyecto de vida con algunos irrenunciables en un nivel de espiritualidad y oración; de comunión y compartir en vida comunitaria; de misión, y de presencia y acción en la sociedad; de organización nueva que encarna algunas exigencias evangélicas referidas a los bienes, a la animación y conducción del grupo y a la formación de sus integrantes.

### **3.- Fomentando una cultura común**

Soy un convencido de que un carisma que no se hace cultura no tiene ningún futuro, y no lo tiene la institución correspondiente<sup>ii</sup>. *Fomentar una cultura común es crear un modo de pensar, de sentir y de proceder cercano.* La común expresión cultural crea comunión y desarrolla la creatividad carismática. Así, el carisma se ve, se hace expresión, palabra, vocabulario, acontecimiento, diseño, narración, actividad, competencias, reflexión. Le da visibilidad y una incidencia única, y contribuye a profundizar el sentido de pertenencia a la familia carismática. Todas estas expresiones son locales y globales. Lo local alimenta lo global y esto le da perspectiva y horizonte a lo local. De sobra está afirmar que esta cultura con mucha frecuencia es de expresión excesivamente propia de la vida consagrada. Los laicos tienen que hacer aportaciones significativas en este aspecto. Unos y otros unidos deben encontrar y enriquecer esa cultura con nuevas expresiones de comunión en la vida y en la misión. No está fuera de lugar explicitar que tiene que proceder de hombres y mujeres, y evitar que sea, de algún modo, machista o excesivamente eclesialística o clerical.

A una familia carismática le viene muy bien identificar su común cultura. En ella sus miembros se expresan y en ella se reconocen; con ella se comunican y se enriquecen. Desarrolla la creatividad de sus integrantes. Desarrolla y alimenta el sentimiento de pertenencia y de familia. Crea familia y ayuda a agrandarla. *La cultura común es fecunda. Ayuda a hacer un buen marketing del grupo y a crear alianzas. Refuerza los vínculos y le da a la vida de la familia carismática un hilo conductor.*

No hay duda de que se precisa el uso de los medios de comunicación para transmitir la común cultura y para llevarla a nuevos escenarios y nuevos contextos, y para «meterla» en nuevos moldes. Al responder a ese desafío, una cultura crece y se multiplica. Cuando un carisma que ha estado solamente en la cultura de religiosos entra en el corazón y la mente de laicos, se les abren nuevas perspectivas; cuando una cultura masculina es leída y asimilada por mujeres, aparecerán aspectos nuevos de la vivencia del carisma y de su identidad. Esa cultura hay que identificarla, recrearla, expresarla en lenguaje hablado y escrito, en gestos y en creaciones artísticas.

#### **4.- Un necesario cambio de mentalidad: metanoia y conversión**

La visión de «vida y misión compartida» está implicando mucho más de lo que sospechábamos. Nos está llevando más allá de las barreras, divisiones y separaciones antes establecidas de los «estados de vida cristiana». Antes, estos estados de vida cristiana, como por ejemplo el estado religioso o el estado clerical, eran considerados auténticos compartimientos estanco, cerrados. Ahora hablamos más bien de «formas estables de vida cristiana». La forma con una necesaria estabilidad está sometida también a procesos de formación. Esta correlación carismática de las formas de vida, querida por el Espíritu, nos transforma a todos. Y ello requiere una apertura de mente y de corazón, una auténtica *metanoia* o cambio de mentalidad. También podemos hablar de una verdadera conversión que nos supone dejar de hablar de «mi» misión compartida, como acostumbran a hacer los religiosos. También de abandonar una especie de minoría de edad por parte de los laicos, que terminan siendo cómplices de ese «mi posesivo al que aludíamos. Para que sea posible son necesarios los siguientes pasos:

- Desterrar de nuestras mentes varias confusiones que se producen, como la de identificar «misión compartida» con «trabajo compartido». Aunque la misión implique trabajo, la misión es, ante todo, *compromiso de colaboración con el Espíritu Santo*.
- Llegar a la convicción de que los *religiosos no somos los propietarios* del carisma, por tanto, todo lo que tenga que ver con el carisma y todas las acciones que se emprendan para asimilarlo o multiplicarlo ha de ser reflexionado y decidido conjuntamente, en familia. Esta conciencia configurará de forma nueva instituciones como los capítulos generales de la familia carismática, las grandes asambleas, los sistemas formativos, las estructuras económicas, los textos constitucionales y los

directorios.

- Pasar de la creencia de que *la vida y misión compartida es algo opcional al convencimiento de que es algo necesario e incluso indispensable. Por eso implica entrar en una fase de auténtico ecumenismo carismático interno*, sometido a las normas del diálogo intelectual y del diálogo de vida.
- La misión compartida nace de modo espontáneo cuando hay conciencia de que somos familia carismática y evitamos todo tipo de separación, confrontación o discriminación, para vivir juntos como hermanos y miembros los unos de los otros gracias al Espíritu. De la comunión de vida surge el deseo de compartir la misión que nos viene de Dios y nos lleva a proyectos y acciones concretos. La misión compartida se convierte así en el modo normal de misión para un instituto religioso y una «exigencia» de vida compartida.

El itinerario de la misión y vida compartida es un itinerario, en una palabra, de verdadera conversión. Pide saber morir para vivir; pide movernos, desprendernos, remar mar adentro y pasar a la otra orilla. Es una experiencia de peregrinación y de búsqueda, de miedo y de admiración, de titubeos y de confianza. *Bien podemos aceptar con el cardenal Neivman que vivir es cambiar y ser perfecto es haber cambiado con frecuencia.*

Para ponernos en camino hacia la tierra nueva necesitamos una espiritualidad del cambio. La cual incluye procesos formativos consistentes y capaces de profundizar nuestra respectiva identidad carismática y recrear esa espiritualidad con una fuerte experiencia de Dios y de servicio fraterno, y sobre todo a los más pobres. Terminamos con unas preguntas: ¿te es fácil precisar los elementos de la conversión personal que en este momento te pide el Señor? ¿Qué sugerirías para una renovación institucional?

## **5.- Cómo iniciar el proceso hacia la familia carismática**

No hay que perder de vista a dónde apuntamos para llegar a la meta. Estamos buscando más comunión de vida y de misión. Por tanto, tenemos que evitar en el proceso para llegar a esa meta las tensiones indebidas, las divisiones y exclusiones, y apuntar a una expansión de comunión al servicio de la vida y de la misión eclesial. *No podemos olvidar que aspiramos a ser una familia nacida de una lectura carismática del Evangelio.* Si es familia, los lazos, los nexos, las conexiones, las redes, la comunicación, se tienen que intensificar. Todo tiene que ser más solidario. Y hay que encontrarse en lo

esencial, en lo que nos une, en el corazón. El encuentro se tiene que dar en el «núcleo carismático». La expresión de ese núcleo carismático tiene que haber sido convenida y expresada, formulada y promulgada. *Se tiene que convertir en un verdadero credo que confesamos y gozosamente promulgamos.* Es el credo del grupo y, por tanto, de algún modo y en algún momento se tiene que proclamar y profesar. En ese núcleo todos nos encontramos y es indiscutible. Nos reúne y nos une; nos da misión y proyecto.

No hay duda de que no hay el mismo grado de intensidad en todos los implicados en el carisma. *Por lo mismo tiene que haber expresiones distintas de adhesión a él.* La integración puede tener grados distintos. En algunos casos se dará en el nivel de la colaboración en las mismas obras y en las nacidas del mismo carisma.

Por supuesto, la iniciación en un carisma es indispensable para adherirse a una familia evangélica. Sin esta iniciación se corre riesgo de que la incorporación pase por firmar un papel o recitar una fórmula. Por supuesto, todo esto pide tiempo. *Asimilar un carisma es, en cierto modo, un nuevo nacimiento y un crecimiento en edad, sabiduría y gracia.* Ese crecimiento es misión y exigencia para la misión; es vida de comunidad, espiritualidad e identificación con el fundador y con el grupo que recogió «oficialmente» ese don y lo presentó a la Iglesia para bien del mundo. La vocación común es punto de partida, y la pertenencia vital al grupo es indispensable para poder llegar a la meta. En ese proceso hay que evidenciar unas nuevas relaciones interpersonales y un auténtico compromiso misionero.

## **6.- Líneas de fuerza carismáticas para una familia evangélica**

Para que un grupo de cristianos -laicos y religiosos- se constituya en una familia carismática no pueden faltar unas determinadas fuerzas carismáticas y que van del interior al exterior, del centro hacia fuera y de lejos a cerca. En una palabra, estas líneas parten desde el corazón de personas movidas por el Espíritu. Bien podemos decir que brotan del Evangelio y de las intuiciones reveladas a los fundadores.

Se transforman en proyectos de vida y de misión. En esos proyectos hay llamada a vivir la radicalidad evangélica, a reforzar el sentido de comunidad frente al individualismo, a transformar la sociedad para superar la pobreza y la injusticia, a transmitir y formar en la fe.

Esos proyectos están necesitados de personas con un determinado perfil. Solo ellas los harán realidad. La fuerza carismática se encarna en la comunidad; solo personas comunitarias crearán familias carismáticas. Solo personas carismáticas se apasionarán por la misión compartida. Y por una misión cada vez más amplia y global. Para ello se llegará a pedir una disponibilidad que es muy exigente, pero también muy fecunda. Esa misma fuerza carismática les infundirá la audacia que les llevará a ir hasta los lugares de frontera donde se escucha el clamor de los pobres que son migrantes, pueblos originarios, encarcelados, necesitados de pan, de salud y de casa, mujeres y ancianos. Las personas marcadas por el carisma son integradoras, superan la exclusión y la marginación. Resumiendo, bien podemos afirmar que los laicos y religiosos movidos carismáticamente tienen rostro evangélico y les anima una esperanza firme.

## **7.- Proceso personal para la integración en una familia evangélica**

Este proceso le toca recorrerlo a religiosos y laicos concretos. Por supuesto tiene una doble etapa. En primer lugar se tiene que dar la incorporación a un grupo o rama de la familia. Esa pertenencia permite poner pie en la familia. Como ya hemos indicado, tiene que darse un proceso de incorporación que pasa por etapas diversas. Al recorrerlas se consigue pasar una puerta que nos deja dentro de la casa, dentro de la familia. *Para ello, por supuesto hay que haber recibido la llamada para entrar y leído en el frontispicio de la casa el nombre de la familia, que viene del carisma; y el apellido, que viene del grupo en el que uno se integra.* Esa casa tiene una ubicación y se refleja en el nombre y número de la calle. Está ubicada y es ubicable en la Iglesia y en la sociedad, y se encuentra en la guía eclesiástica y en la civil, y con un poco de imaginación podemos decir que se encuentra en la guía del Reino.

Ya dentro de casa, el llamado y acogido va asimilando el carisma o espíritu de la familia; se afirman, ahondan y multiplican las relaciones, se comienza a formar parte de un relato que tiene historia y proyecto, tiene fundador y conductor; se va asimilando una espiritualidad que le da a uno alma y que pone sangre viva y nueva en sus venas; tiene ADN y también carné de identidad. Toda opción supone renunciaciones, y estas no faltarán en esta etapa y en las siguientes. Lo importante que tenemos que afirmar es que para laicos y religiosos habrá contenidos, formas y competencias comunes y otras diferentes. Los objetivos serán los mismos. Será la misma la acción de

animación que les llevará a alcanzar esos objetivos.

El reconocimiento de este paso y de la condición que adquiere la persona tiene que tener una expresión oficial. Expresión que puede ser más o menos pública; a su vez, el condicionamiento puede ser también más o menos oficial.

Ese proceso *tiene etapas, y tanto para los laicos como para los religiosos*. No hay duda de que hay una primera etapa de llamada. La llamada viene de lo alto; hay que responder. Este es el primer paso o primera etapa; es comienzo de algo nuevo. No hay duda de que es una llamada del Espíritu. Por ella, uno se confirma que lo que quiere puede. Viene después la etapa de iniciación. Se trata ya de vivir lo que uno se siente llamado a vivir. Se hizo el discernimiento; se concluyó que había vocación, y para confirmarse hay que vivirla. Así llegamos a la etapa de la profundización. Para que esta se dé se precisa formación en esa forma de vida, se necesita comunidad, se necesitan determinadas condiciones, no puede faltar el servicio y la iniciación en la misión. Así llegamos a lo que sella el proceso de incorporación a una determinada forma de vida cristiana. Es la etapa de la vinculación. Esta vinculación es diversa; puede ser temporal o definitiva; hay vinculación con más y con menos compromisos, con más y con menos radicalidad. Para que la vinculación se dé tenemos que concluir que lo que uno quiere y puede también los otros lo quieren, su aceptación queda sellada públicamente.

## **8.- El lenguaje común**

Es muy importante al crear una realidad nueva elaborar un lenguaje que nos permita «decir» y «nombrar» lo que nace; un lenguaje compartido que expresa, vincula, ahonda, comparte y transmite experiencias fundantes. El lenguaje auténtico no nos desvincula del pasado. Evoca raíces. Pero sobre todo nos habla de un presente prometedor. Da sentido y renueva. Describe el contexto del cambio.

Será un lenguaje que nos acerca al presente los momentos fundacionales, y por lo mismo tiene que ser renovado. Será un lenguaje actual y tendrá sentido para los hombres y mujeres de nuestros días, y nos ayudará a hacer un buen *marketing* de la realidad que estamos «bautizando», y que en este caso es la «familia carismática». Será, en fin, un lenguaje con imágenes que nos llevarán hacia el futuro caminando juntos. Será, en fin, un lenguaje de gestos, como lo es vivir juntos determinadas experiencias, relaciones y compromisos.

No es exclusivo ni excluyente, pero sí propio y de los que viven esa

nueva realidad y nos dan identidad. Viene espontáneamente a nuestros labios y nos hace sentirnos cuerpo, equipo y comunidad que sabe decirse y comunicarse.

Importa enriquecer el lenguaje común, y solo lo conseguiremos adecuadamente si recreamos acertadamente el carisma; eso es lo que estamos intentando hacer con la propuesta de la misión y la vida compartida. Se ha dicho que la transformación del mundo comienza por la transformación de nuestra mente, y la renovación de nuestra mente comienza con la transformación de las imágenes que introducimos en ella y de ella pasan a nuestros labios y se convierten en palabras, en lenguaje. Las palabras creíbles tienen fuerza y dan vida. Ponen claridad y ahondan la comunión, ya que permiten decir lo mismo y de la misma manera.

## **9.- Implicarse en las decisiones**

Hemos recibido un don, un carisma que ha de dar su fruto, y para ello debemos buscar los cauces debidos. Ello solo se consigue obrando en consecuencia y tomando decisiones. Lo cual supone abrir unos campos y cerrar otros, comenzar a hacer algunas cosas y dejar de llevar a cabo otras. Esto es indispensable si queremos concretar los grandes ideales. Tenemos que aspirar a que lo que hagamos sea lo mejor que podemos hacer.

Ni laicos ni religiosos tenemos que abdicar de nuestras responsabilidades. Todos debemos tomar decisiones e implicarnos en ellas. Es un arte conseguir que sean asumidas y compartidas por unos y por otros. La vitalidad viene del Espíritu y solo se hace efectiva humanamente asumiendo sus consecuencias en lo cotidiano. La comunión toma forma en la participación, y para llegar a ella debemos participar en comunes decisiones.

La madurez humana, la madurez en la fe, nos capacita para decir y dar el paso al actuar. Implicarse en las decisiones y no dejar que otros procedan solos y por su cuenta es signo de una fe capaz de transformarse en caridad y justicia. En el pasado, con demasiada frecuencia los religiosos han decidido por los laicos, y ello no ha sido bueno ni para unos ni para otros. Superar ese modo de proceder supone cambios importantes para ambos.

José María Arnaiz

---